

Recuerda, que tu decías,
Sonriendo;
Que nunca me olvidarias,
Y que mi nombre dirías
Aun muriendo!

Recuerda que tú me amabas
Con locura:
Y que tu amor me jurabas,
Y que á mi voz delirabas
De ventura.

Mas ¿á qué traer aquí
Tus falsías,
Si no puedo hallar en tí

Aquel loco frenesi
De otros días?...

De humo, sombra pasajera;
Nubecilla
Que cruza la azul esfera:
Luz que, mentida quimera,
Muere ó brilla.

Eso en tí, fueron, tirana,
Sus amores
Mas ¿á quién mi queja vana,
Si adornos de la mañana
Són las flores?...

JUAN VICENTE CAMACHO

Es uno de los literatos mas distinguidos de Venezuela.
Nació en Carácas en 1829. Recibió su educación en el colegio de la Independencia y mas tarde en la Universidad central de Carácas.

La guerra civil que estalló (en 1848), no permitió á Camacho continuar sus estudios científicos, y se dedicó entonces al comercio, como dependiente en la Guaira y en la costa de Choroní.

El literato en ciernes no iba á ser feliz en su nueva carrera, porque rara vez se alian las letras humanas con las letras de cambio, así fué que abandonó aquella profesion.

En 1833, fué nombrado secretario de la legacion de Venezuela en el Perú. Á los seis meses de residencia en Lima, renunció la secretaria y fundó un diario, *El Heraldo de Lima*.

En 1857, fué nombrado consul de Venezuela en Lima. En 1860, entró Camacho al servicio oficial del gobierno del Perú, como intérprete en el ministerio de relaciones exteriores. Poseía con perfeccion cuatro idiomas.

En 1863, fué nombrado secretario de las conferencias que debian celebrarse con el enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los Estados Unidos, para reanudar las relaciones entre ambos países.

En 1866, fué nombrado agente confidencial cerca del gobierno de Venezuela para asuntos de guerra contra España. Volvió al Perú por la via de Estados Unidos, donde debia desempeñar una comision importante.

En 1871, fué nombrado miembro corresponsal extranjero de la academia española. Su enfermedad de tisis se habia agravado de tal modo, que los médicos le aconsejaron su traslacion á Europa. Murió en París el 4 de agosto de 1872.

Su hermano Simón ha publicado en París el *Primer libro de las poesías de Juan Vicente Camacho*, 1872.

Á MI HIJITA DE CINCO AÑOS

I
Deletreabas á mi lado,
Hijita: el Cristo a b e,
Sirviéndote de puntero
Deditos de rosicler.
Te reias con mi risa
Y con labios de clavel
En besitos me pagabas
Elogios á tu saber.
Yo suspiraba entre tanto,
Hija, sin saber porqué,
Y lágrimas me brotaban
Sin poderlas contener;
Y al pensar en tu mañana,
Funesto y triste tal vez,
Volvi la vista á tu madre
Y con dolor exclamé:
Un rosal cria una rosa,
Y una maceta un clavel,
Y un padre cria á su hija,
Sin saber para quién es.

II
Hijita del alma mia,
Dulce iman de mi querer,
De amor el único fruto,
Bendígate Dios, amen.
Estoy triste, prenda mia,

Triste sin saber porqué;
Ven, y tus palabras oiga
De divina sencillez.
Deja á un lado tus juguetes
Y en cambio te contaré
Un cuento muy divertido
De la reina doña Inés.
Esta era una reina hermosa
Que, yendo para Belen,
Habló con un peregrino
Que llevaba un niño al pie:
Iba la reina sedienta,
Y el peregrino tambien,
Y el niño los contemplaba
Sonreido... Pero ¿qué?
¿Te duermes? — Duerme, hija mia,
Y tu sueño arrullaré,
Diciéndote con acento
De infinita languidez:
Un rosal cria una rosa,
Y una maceta un clavel,
Y un padre cria á su hija
Sin saber para quién es.

III

ELLA

¡Qué linda está nuestra hija,
Qué graciosa! ¿no la ves?

¡Cómo ha crecido!

YO

Si, cuenta
Cinco años cumplidos. — Bien;
Pero otras hay que no tienen
Tanta gracia y tanto aquel.
— Si te oyeran, se reirían
De lo que dices. — ¿Por qué?
¡Pedacito de mi alma,
— Que Dios nos la guarde! — Amen.
¿Cuándo la veremos grande?
— Muy pronto, y ántes tal vez
De lo que piensas: el tiempo
Se desliza sin querer.
Y ya me dirás mañana,
Cuando á alguno su amor dé:
¿Quién la viera chiquitilla
Como la vimos ayer?
— ¡Jesus! ¡que no crezca entonces,
Que chiquilla está muy bien.
Un rosal cria una rosa,
Y una maceta un clavel,
Y un padre cria á su hija,
Sin saber para quién es.

IV

Vamos, hijita, al paseo

RECETA CONTRA EL CÓLERA

Dormir bien y á buena hora
La frente alta y libre el pecho,
Y decir adios al lecho
Poco despues de la aurora.
Pedir perfumes á Flora
Cuando el sol el campo vela,
Andar con mucha cautela
Sin ruidos y sin disputas,
Y en capitulo de frutas
Preferir las de cazuela.

Fumar poco y con regalo,
Tabaco malo es veneno
Dar á Baco con un palo,
Que *chupar* la vida estanca;
No consumir una blanca
Que buen objeto no tenga
Y recibir cuando venga
Á Venus con una tranca.

Si vas á ver tu lucero
Y te hallas en el salon,
De contrabando un baston,
Con item mas un sombrero,
Toma humilde otro sendero,
No hagas á nadie reir,
Y ve diciendo al salir:

Con tu traje de piqué,
Y el sombrerito de paja
Que mamá te compró ayer.
¿No ves cuánto niño salta?
Y aquellas chicas ¿no ves
Con sus ayas ó sus madres
Por entre flores correr?
¿Quieres flores? Toma, hija,
Toma una rosa, un clavel,
Que son flores ménos puras
Que la flor de tu niñez.
¡Que su cáliz de inocencia
Pueda contigo crecer!
Crece feliz, hija mia
Y el día de la vejez
Sobre mis blancos cabellos
Corona me has de poner,
Que es el amor de los hijos,
De los padres el laurel.
Mas ¡ay! mi pecho se oprime,
Hija, sin saber por qué,
Y exclamo con triste acento
De infinita languidez:
Un rosal cria una rosa,
Y una maceta un clavel
Y un padre cria á su hija,
Sin saber para quién es.

Paciencia, porque en la tierra
Cuando una puerta se cierra
Ciento se suelen abrir.

Que se levante la Prusia,
Y armada cual D. Quijote,
Haga del Austria un gigote,
Pese al diablo ó á la Rusia;
Que con fuerza ó con astucia
Defienda alguno el derecho
Con una pistola al pecho,
No hay mas que andar de soslayo
Y decir para su sayo:
Que les haga buen provecho.

Que salga el sol por Levante
Ó la luna por Oriente,
Que atrevido pretendiente
Arroje al gobierno el guante;
Que uno caiga, otro levante,
Que el ambicioso en su rabia
Vaya á parar en Arabia
Al final del somaten:
El decir á todo amen
Es la máxima mas sábia.

Que la eche Juan de doctor,
Y aunque no sabe leer,
Pretenda hacerme creer
Que es un sábio; si señor,
Que viene luego Leonor
Á quien ayer conocí,
Sabe Dios cómo, y á mí
Me recibe dulce y bella
Como púdica doncella.....
¿Que hacer? Le digo que si

— Soy un sabio — Está muy bien,
Soy un valiente. — Es así.
Jamás he robado — Si?
Soy todo un hombre. — Tambien.
¡Que viva el gobierno! — Amen.
¡Que muera el gobierno! — Ya.
Todo va bien. — Así va.
Todo va mal. — Así es.
Nos lleva el demonio. — Pues.
Nos salvamos. — Claro está.

Nos crió la Suma Bondad
Y nos dió para regalo
Poco bueno, mucho ma'lo,
Avaricia y vanidad.
Si quiere la necedad
Hacer de la noche dia,
El discreto que se ria
Cuando á los hombres baraja,
Ese sacará ventaja
De la humana tontería.

Dejar que el mundo dé vuelta,
Buscar las nvas maduras,
Nunca meterse en honduras
Y dormir á pierna suelta.
Llamar á la coja esbelta,
Darse el aire de un Belen,
Decir que todo anda bien,
Aunque la sogá se quiebra,
Es remedio de la fiebre
Y del cólera tambien.

LA CAUSA DE MI BRONQUITIS

Ando yo en abierta litis
Con la salud, ¿qué he de hacer?
¿Y tú, Juan, quieres saber
La causa de mi bronquitis?

Como cañon de arcabuz
Los pulmones tengo ya,
Y esto acabándome va
Desde la fecha á la cruz.

Dice el doctor, que bien haya,
Que debo dejar á Lima,
Y buscando mejor clima
Á otras regiones me vaya.

Pero digo yo á mí vez,
¿Vale esta vida rastrera
Meterse en la Cordillera
Como en la redoma el pez?

Un instante que es la vida,
¿Merece, sin horizontes,
Pasarla entre niveos montes
Y entre peñas escondida?

Yo, Juan, no sé qué decir,
Pero te juro á fé mia,
Que muy feliz viviria
Si me dejaran vivir.

Busco en mi cuerpo y no encuentro
Motivo á mi desventura;

Pero otra causa hay segura
Que me carcome por dentro.

Si cierta cosa no hubiera
Que yo me sé y es muy cara,
Otro gallo me cantara
Y sin bronquitis viviera.

Pero á males sin remedio,
No hay mas que ponerles, Juan,
Buena cara; este refran
De mi consuelo es el medio.

En tanto fuerza es que exista
Diciendo entre desengaños:
« No hay mal que dure cien años,
Ni cuerpo que lo resista »

Y cuando á fuerza de agravios
Temo que mi pecho estalle,
Me echo á pasear por la calle
Con la sonrisa en en los labios.

Y al dar nariz con nariz
Me dicen hombres de ingenio:
¡Ay! ¡quién tuviera tu génio!
¡Ay! ¡quién fuera tan feliz!

Á fé que tienen razon
Pues en lugar de ir llorando,
Me voy riendo y destilando
Lágrimas al corazon.

Si fuéramos á llorar
Nuestros duelos y agonías
El siglo de Jeremías
Había de resucitar.

Y si en el mundo no hay modo
De reir ni de gozar...
Si de todo hay que llorar,
Vale mas reir de todo.

Inútil es que te diga
La razon de tanta litis,
¿Y extrañas que haya bronquitis
Asma, angustia y fatigas?

Que se viva es mucha gracia,
Pues si el cuerpo se mantiene,
Para el alma nunca tiene
Medicinas la farmacia.

Feliz quien tiene la suerte
De caer en la batalla
Y al cabo descanso halla
En los brazos de la muerte.

Pues aunque mucho lo calles,
Confesar, Juan, nos conviene
Que la muerte solo tiene
De espantosa los detalles.

Verse con la sangre viva,
Aunque débil el aliento,
Un cristiano macilento
En sus lecho panza arriba;

Y el sacerdote que auxilia
Y santo consuelo da,
Mientras desolada está
Entre angustias la familia;

Y la mesa con la droga,
Y el cáustico; el vomitivo

Que al pobre que aun está vivo,
Antes que la muerte ahoga:

Esto es lo triste del caso;
Pues si nada de halagüeño
Tiene la muerte, es un sueño,
Y el sueño es un breve paso.

Que á la pobre humanidad
Deja en la materia yerta
Y el alma en brazos despierta
De Dios en la eternidad.

¡Ah! si mi hora postrera
No fuera desesperada
Por una esposa adorada,
Por una hija hechicera,

Que en triste duelo profundo
Quedan sin pan, sin hogar
Sufriendo en revuelto mar
Las tempestades del mundo,

¡Cuántas veces con teson
Pidiera á Dios mi plegaria
Una tumba solitaria
En olvidado rincon!

Mas, ¿qué es esto? ¿lloras, Juan?
Te veo pucheros haciendo;
Que tienes estoy creyendo
El alma de masapan.

Deja, deja esos agravios
De que burla haciendo voy
Y mirame á mí que estoy
Con la sonrisa en los labios.

Tienes alma de perdiz,
No eres, Juan, hombre ingénio;
¡Qué! ¿no me envidias el génio?
¿No eres como yo feliz?

MELANCOLIA

¿Qué tienes, alma mia?
Vamos á cuentas,
¿Porqué llorosa y triste
Te me presentas?
¡Ay, alma mia!
Nada me aflige, y tengo
Melancolia.

Amargos no me oprimen
Los desengaños,
Ni pesan en mi vida
Cansados años;

Pero en mi frente
Mi negra cabellera
Blanca se vuelve.

Tengo una tierna madre,
¡Dios la bendiga!
Santa mujer, sublime,
Constante amiga;
Aun la fragancia
Conservo de sus besos
Á la distancia.

Mas de mí léjos vive,
¡Ay Dios! ¡muy léjos!
Ya no escucho sus santos,
Puros consejos.
¡Ay, madre mia,
Tu recuerdo me causa
Melancolia!

Tierna y jóven esposa
Vive á mi lado,
Su corazon palpita
De enamorado.
Si ella me adora,
¿Por qué mi pecho al verla
Se angustia y llora?

Si sus santas caricias
Son mi consuelo
Si ella es paz de mi alma,
Mi dulce anhelo,
Esposa mia,
¿Por qué á tu lado tengo
Melancolia?

Dióme el cielo una hija...
¡Dios sea bendito!
¡Por qué mi hogar encanta
Ese angelito!
¡La quiero tanto!
En la vida es mi dulce,
Mi puro encanto.

Su boquita de flores
Pone en mi boca,
Su frentecita pura
Mi frente toca,
Y con sus brazos
Me regala frecuentes
Tiernos abrazos.

Precoz inteligencia
Brilla en sus ojos,
Me deleitan sus risas
Y sus enojos;
¿Por qué, hija mia,
Á tu lado me asalta
Melancolia?

Mi trabajo me ofrece
El pan sabroso
Que al hogar retirado
Lleva el reposo,
Y que dividido
Con séres de los cuales
Soy tan querido.

¿Por qué brilla una lágrima,
Siempre en mis ojos
Y lleva á mis placeres
Cruelles enojos?
¿Por qué, alma mia,
Nada te aflige y tienes
Melancolia!

Salid, salid, oh lágrimas,
Salid del alma,
Que tras amargo llanto
Viene la calma;
Y ha dicho el cielo,
Felices los que lloran
En este suelo.

¡Ah! no mireis mi llanto
Santas mujeres,
Madre, hija y esposa,
Divinos séres,
Que afligiria
Si descubro mi eterna
Melancolia!

LA CONFESION

UN FRAILE
Viajero, cansado vas,
Apenas tienes aliento;
Ven, y reposa un momento.

EL VIAJERO
Ay, padre, no puedo mas.
Espinas tiene el camino
La senda fragosa y larga,
Pesadísima la carga
Y menguado mi destino.
— Ancha la senda se ve
De flores entapizada,
Pero llevas apagada

La lámpara de tu fé.
— ¿Y dónde, Dios de bondad,
Hallaré el fulgor divino
Que alumbre de mi camino
La profunda oscuridad?
— Reposo, viajero, en calma,
Que la luz no está perdida,
Y hay una chispa escondida
En lo profundo del alma.
Al fondo del corazon
Hay una voz que se esconde;
Llámala, siempre responde
La voz de la religion.
Cuando en silencio profundo

En la nada estamos ya,
Su santa luz se alzaré
Sobre las ruinas del mundo.

Dulce fé, divina unción,
Que en santo amor nos aniega,
Cuando la razón la niega,
La confiesa el corazón.

Surcando la inmensidad
De los siglos va esa nave
Sobre su corriente suave
Llevando la humanidad.

Pobre, olvidada barquilla
Con mil tormentas luchó,
Y nunca el rumbo perdió
Ni vino rota á la orilla.

En combate furibundo
Quedó triunfante en la brecha,
Y va marcando la fecha
De las edades del mundo.

El santo fulgor cristiano
Su divina luz asoma,
De las cavernas de Roma,
Del circo de Vespasiano,

¡Dulce alivio del que gime,
Santo anhelo del que cree!
¡Infeliz del que no ve
Ese resplandor sublime!

Viajero, ¿buscas consuelo
En tu senda abrumadora?
Hay un Padre del que llora;
Alza los ojos al cielo.

Llégate contrito allí
Á los piés del Sumo Bien...
— Señor, he pecado, ten
Misericordia de mí.

— Dios reanima la semilla
De tu adormecida fé;
Bienaventurado el que
Ante sus plantas se humilla.

Y te humillas, porque crees,
Y con devoción sincera,
Descubres el alma entera
De un pobre fraile á los piés.

— Gage de santa humildad,
Del dolor dulce consuelo,
Que abre las puertas del cielo
Á la voz de la piedad.

Baño de divina luz
Que del pecho el duelo calma
Y por fin enseña al alma
Á llevar en paz su cruz.

Y esa humilde bendición
Del que contrito á tí clama,
Santo bálsamo derrama
Al duelo del corazón.

Feliz el que ruega y cree
Y en el negro torbellino
Le va alumbrando el camino
La lámpara de su fé.

Feliz yo que puedo aquí
Á los piés del Sumo Bien,
Decir: He pecado, ten
Misericordia de mí.

Que el duelo y triste agonía
Que atosiga el corazón,
Convierte en divina unción
El pan de la Eucaristía.

— Conserva el fuego divino
Que te dió su santa luz.
Toma, viajero, tu cruz
Y sigue en paz tu camino.

AMOR DE VIUDO

— ¿Con qué murió tu mujer?
— ¿Murió! — Dios la tenga en gloria
Y que su grata memoria
Nos quede. ¡Cómo ha de ser!

Dios la dá, Dios nos la quita.
No hay más que tener paciencia,
¿Y sucumbió á qué dolencia?
— Á unas fiebres. — ¡Pobrecita!

En fin, paciencia, humildad,
Y decir para consuelo:
Padre, que estás en el cielo,
Hágase tu voluntad.

— ¡Me moriré de dolor!
— Nada, si el dolor no mata.

— ¿Quién me hará la vida grata
Cuando me falta su amor?

— He visto por las gacetas
Tu dolor y desconuelo,
Y eso es proclamar el duelo
Con clarines y cornetas.

Han contribuido las artes
Con pompa al lujo mortuorio,
Y misas de San Gregorio
Se dicen por todas partes.

¿Á qué tanta algarabía
Como si muriera el rey?
El dolor de buena ley
Huye de la luz del día.

Pues si tanto se deslie,
Va diciendo á toda hora:
Viudo con un ojo llora,
Pero con el otro ríe.

El tálamo nueva adjunta
Mañana quizá te alumbre,
Por calmar la pesadumbre
Que tienes por la difunta.

Y tendrás ante ojos vivos
Que ocultar tus misereres,
Porque tienen las mujeres
Sus celos retrospectivos.

De lo dicho en argumento
Y del consejo en honor
Como la prueba mayor
Te voy á contar un cuento:

En un pueblo de Inglaterra
Falleció un marido honrado
Que fué marido llorado
Como ninguno en la tierra.

¡Qué transporte! ¡Qué delirio!
¡Qué llantos! ¡Qué desaliento!
¡Oh! qué vida de tormento!
¡Qué recuerdos de martirio!

La viuda que era una perla
Íbase á la pena dando,
Siempre gimiendo y llorando
Que daba lástima verla.

El vicario de aquel punto
Mil consuelos le ofrecía
Y lo mejor que podía
Le hablaba de su difunto.

Pero ella llora que llora
Ningun consuelo le vale,
Y se está dale que dale
Desde la tarde á la aurora.

Á Juana la granadina,
Que era moza muy ladina,
Dijo el sultan su señor:
Yo diera, mi linda flor,
Mi corona por Medina,
Y Medina por tu amor.

Yo no tengo, vida mia,
Coronas de argentería
Con diamantes y rubí;

El vicario ya sin tino
Viendo inútil su porfía,
Que la hiciera compañía
Suplicóle á un su sobrino:

Y despues de una semana
Fuése á ver si tal ayuda
Había calmado á la viuda
Su negra pena tirana.

Hallóla por esta vez
En el patio del molino
Jugando con el sobrino
Un partido de ajedrez.

— ¡Olá! le dijo el vicario
Tomando asiento en el césped:
Con el consuelo del huésped
Es el mio innecesario.

La viudita contestó:
— Al partido ya jugado
He mi dolor apostado
Y el señor me lo ganó.

— Corriente; y así se absuelven
Varias dudas en un punto,
Sin contar con el difunto,
Pues los que se van no vuelven.

No censuro al jugador,
Ménos crítico á la bella,
Que al fin juntos él y ella
Sopla el diablo y nace amor.

Mas no es bueno hacer alardo
Del dolor que nos agobia;
Pueden la viuda y la novia
Refundirse en una tarde.

Sigue tú nuevo debate
Y Dios te bendiga, amen;
Mas cuenta que no te den
Sobrinito, jaque mate.

Á TÍ

Pero si yo las tuviera
Todas las coronas diera
Y los diamantes por tí.

Si de tierra poderosa
Una nación valerosa
Me llamara emperador,
Fuera tú, divina flor,
En mis jardines la rosa,
Emperatriz de mi amor.

Si fuera el ave canora
Que te despierta á la aurora
Con dulce trino de amor,
Cantara al pié de tu reja,
Mi amante sentida queja
Con la voz del ruiseñor.

Si fuera manso arroyuelo
Que refleja el puro cielo
En su nítido cristal,
Murmurara dulcemente
Al copiar en la corriente
Esa boca angelical.

Si fuera flor hechicera
Que engalana la pradera
Con brillante rosicler,
Me prendería en tu seno
De amor y de encanto lleno,
Espirando de placer.

Si fuese abeja perdida
Que en pos de esencia escogida
Circula de flor en flor,
Ante esas pupilas bellas
Todos los perfumes de ellas
Te ofreciera por tu amor.

DESDEÑOSA

Me dices que sin amor
Pretendes morir con palma,
Que un marido te dá horror
Y que te sobra valor
Para aprisionar el alma.

Que nunca en tono sensible
Has rezado á San Antonio,
Y que en suma, el matrimonio
Es un censo irredimible,
Pura invencion del demonio.

¿Pretendes, pues, escapar
De la amorosa tormenta?
Dios te la deje gozar;
Pero, chica, eso es sacar
Sin la huésped la cuenta.

No tengo intencion á fé
De obligarte á desistir,
Pero siempre sostendré
Que es muy difícil decir
De esta agua no beberé

El amor es navecilla
Que va surcando el Oceano
Por centro, costas y orilla

Si en el cielo placentero
Fuera brillante lucero
Luminaria de dolor,
Te diera en la noche oscura
Luz melancólica y pura
Que fuera luz de mi amor.

Si fuera gran caballero
Y llevase del guerrero
Una espada con honor,
Mí espada desnudaría
Por tu sonrisa, alma mia.
Por tu sonrisa de amor.

Si te tomara en mis brazos,
Yo te diera mil abrazos
Como á los niños se dan,
Y te besara en la frente
Con ese beso inocente
Que expresa el materno afán.

Interesante criatura,
Consérvate siempre pura,
Que es un tesoro el candor!
Bendita flor de inocencia,
¡No pierdas tu pura esencia
En las borrascas de amor!

Y no deja hueso sano
Á donde pone la quilla.

Doncella menor de treinta,
Aunque mueble de retablo
Se recibe en buena cuenta;
Pero mayor de cuarenta
Que cargue con ella el diablo.

El desden, hermosa mia,
Está bien á los quince años,
Pero llega pronto un día
En que apura desengaños
La que se queda de tia.

Esos ojos hechiceros
Que tanto precian y halagan
Tus rendidos caballeros,
Mañana son reverberos
Que con el humo se apagan.

El que hoy loco los adora
Con amoroso deleite,
¿Mañana qué hará, señora,
Si el uno vinagre llora
Y el otro destila aceite?

Y la juventud nos deja
Con un palmo de narices.

¿Ó pretendes tú ser monja
Y con hábito bendito
Secarte como una esponja?
Para el claustro, sin lisonja,
No ha nacido ese palmito.

Esos ojos donde va
Clavada de amor la espina
Y tanto daño hacen ya,
Ese cuerpo que no ha
Menester de crinolina;

Esa redonda manita,
Ese pequeñito pié,
Ese pecho que se agita,
Que se levanta y palpita
En la prision del corsé;

Ese todo, niña mia,
De la gracia quinta esencia,
Jamás el cielo lo cria
Para que haga penitencia
Rezando el Ave Maria.

No le pongas malecon
Á la corriente del rio,
Ni hagas al amor desvio,
Que oprimir el corazon
Es majar en hierro frio.

Con todo, si al niño ciego
Temes tanto, desde luego
Cada loco con su tema;
Pero no juegues con fuego,
Porque eso á la larga quema.

ÚLTIMA LUZ

Esa boca purpurina
Que dá enojos al coral,
Esa dentadura fina
De blancura alabastrina
En un labio angelical;

¡Ay! mañana, aunque te duela,
En vez de suaves ambientes
Tendrá perfumes de abuela.
Cuando se pique una muela,
Cuando se caigan los dientes.

En el transparente y puro
Rosicler de tu mejilla
Que no tiene de seguro
Ni un solo barro maduro,
Ni siquiera una espinilla;

Mañana, ¡qué horror, señora!
Vendrá la peca traidora,
Y tras la peca la arruga
Y una mancha pecadora
Y á la postre la berruga.

De esos flotantes cabellos
Que en crespo suave y luciente
Se desprenden de la frente
Cayendo sueltos y bellos
Sobre tu pecho turgente,

Tu mano trémula ya
Mañana al salir el alba
Un mechón solo hallará
Que á penas te bastará
Para cubrirte la calva.

En tus momentos felices,
El amor, niña, maldices,
Y en tanto el tiempo se aleja

¡Poco me resta de vida!
Las fuerzas van decayendo
Y el alma va presintiendo
La funesta despedida.

En mitad de mi carrera
Llegando al limite voy!
La luz que mirando estoy
Es quizá mi luz postrera.

Rotos del cuerpo los lazos
Por las ondas remecido
Me voy á quedar dormido
Cual de una madre en los brazos.

Al frente mi esposa está:
Pobre niña, alma sencilla!
Lágrimas de sus mejilla
Ocultándomelas va.

Llora, ¡infeliz! tu quebranto
No será el postrero, no;
Si llego á faltarte yo,
Amargo será tu llanto.

Si la vida transitoria
Se va cual al mar un rio,
¡Quita por piedad, Dios mio,
Á mi mente la memoria!

No asalte mi pensamiento
¡Ay! la imagen de mi hija,
¡Mi hora postrera no alija,
Santo Dios, ese tormento!

Niña que al mundo despierta
Y que á la vida se lanza
Hallando de la esperanza
Cerrada, al salir, la puerta.

¿Á dónde, á dónde las dos
Irán en duelo profundo
Sin mas amparo en el mundo
Que la voluntad de Dios?

Tú á quien los buenos adoran,
Ten piedad de mi dolor,
Tú que eres padre, Señor,
El padre de los que lloran.

Yo sufro en paz mi destino,
Héme humilde y resignado
Como el viajero cansado
En la mitad del camino.

Jamás odio ni rencor
En mi pecho formó nido.
Mucho sufrí; estoy rendido
Bajo el peso del dolor.

Constante mi pena fué
Y á la tumba va conmigo
Como el perro del mendigo
Que muere del dueño al pié.

Hijita del alma mia,
Tu memoria placentera
Vaga por mi cabecera
En mi lecho de agonía.

Para mí no tuvo gloria
La vida, fulgor de un día,

Mañana sin mediodía
Y recuerdo sin memoria.

¡Ay! si mañana mi prenda
Sedienta á una puerta toca,
Calmad la sed de su boca
De mi memoria en ofrenda.

Y si el viento del destino
Contra mi hija se levanta,
¡Ay! arrancad de su planta
Las espinas del camino.

Allá en orilla lejana
Con alma pura de niño
Me guarda tierno cariño
Una santa y noble anciana;

Es mi madre; ella tambien
Por el hijo ausente llora,
Porque la pobre me adora
Como á su perdido bien,

No le digais, por piedad,
Que su hijo ya no existe,
Pues la infeliz no resiste
Pesar tan grande á su edad.

Madre, esposa, hija del alma,
Pedazos del corazon,
Rezad por mí; la oracion
La angustia del pecho calma.

Al abandonar la vida
Pienso en Dios y en ellas pienso,
Pues es mi amor tan inmenso
Cual triste mi despedida.

Llevo en paciencia mi cruz,
¡Oh! Dios, que mi última hora
Bañe tu luz bienhechora,
Pues mira mi última luz.

GUAICAIPURO PARDO

Nació en Caracas en 1834.

Ha colaborado en todos los periódicos literarios de su país. En 1871, dió á luz un tomo de sus poesías líricas.

SOLEDA D

¿Á qué tan dulces horas
Traer al corazon, Leonor altiva,
Si el sol de esas auroras
Ya pasó como lumbre fugitiva?

Callada está la ola
Del blando rio; el aura no despierta;
¡Y mi alma está sola!
Y la tuya, Leonor.... la tuya, ¡muerta!

Mira el bosque sombrío;
Mustio el ciprés; fatídica la nube;
Y tu suspiro, frío,
Como esa niebla que del lago sube.

De tanto amor, abrigo,
Allí está ¿no la ves? seca la palma
Que fué mudo testigo
Del amor de tu alma y de mi alma.

¡Tris de mil colores,
Que espléndido brillaste una mañana!
Te fuiste con sus flores
Y entre sus orlas de zafiro y grana!

Todo sobre la ola
Pasó del tiempo, con tu amor y el mio;
Y mi alma está sola!....
Y está sin ti mi corazon vacío.